

Introducción: Arqueología de la contemporaneidad. Cultura del espacio y cultura política (1950-2001)

Fernando Aliata & Graciela Silvestri
Universidad Nacional de La Plata, Argentina

En 2010, presentamos en el ITHEPAC un ambicioso proyecto multidisciplinario que denominamos *Arqueología de la contemporaneidad. Cultura del espacio y cultura política en la ciudad rioplatense (1966-2001)*. El proyecto se inscribía en lo que genéricamente se conoce como “historia reciente”, una línea de investigación que, en nuestro país, ha alcanzado sus más difundidas contribuciones en la historia política y social de un período que, aunque excede el episodio, aparece marcado por la experiencia de la última dictadura militar. En los cuatro años pasados desde aquella presentación hemos asistido a una ampliación de los temas abordados, así como a un mayor rigor académico en los textos que debían lidiar con un momento crucial en la experiencia histórica argentina. Sin embargo, persiste aún la dificultad de ponderar con “objetividad histórica” no sólo estos años, sino también los inmediatamente posteriores, en la medida en que, como se plantea en el título, muchas problemáticas de entonces aún se encuentran abiertas.

Esto explica, en parte, por qué habiendo pasado más de cuarenta años del término *a quo* (inicialmente 1966, aunque para algunos temas incluimos años anteriores), aquella historia se vive aún como presente, y así lo que se menciona como historia reciente aparece tan ligada a debates contemporáneos. Muchos de los trabajos, por otro lado, descansan en testimonios orales, ya sea por la dificultad de obtener documentación en los casos más trágicos, ya sea porque, junto al tema de la “historia

reciente”, se instaló la necesidad de integrar al relato histórico un tipo de documento ligado a la experiencia personal, restituyendo la carnadura de los hechos que se interrogaban —hechos que se resisten aún a ser tratados sólo en términos analíticos—. Tal inflexión puso en circulación archivos escasamente interrogados, y fuentes testimoniales que implican vivencias cotidianas. Al mismo tiempo, estos archivos multiplican los problemas de tratamiento historiográfico.

En este marco complicado, nos interesó explorar una línea de investigaciones que había sido poco visitada en 2010: la que mencionamos en el título como “cultura del espacio”. A pesar del “giro espacial” de la historia mundial, en Argentina seguía primando una forma de historia política que, cuando aludía a la *res extensa*, era sólo como pintoresca escena de los acontecimientos. Éramos conscientes del problema que el espacio (en su ambigua y cambiante definición), proponía en relación a la historia política, con la que pretendíamos vincularlo. La insistencia en el espacio, que tanto debe a la visión foucaultiana de la historia, seguía presentando los problemas habituales con los que ya nos habíamos enfrentado en otros temas: la dificultad de establecer periodizaciones coincidentes entre las acciones humanas y las lógicas territoriales, no exclusivamente “humanas”, de mayor inercia y proclives a los tiempos largos; las maneras en que se articulaban cuestiones planteadas mundialmente en los ámbitos

de la arquitectura y la planificación urbana y territorial con las inflexiones locales, tan marcadas en el período; las difíciles relaciones entre los aspectos estrictamente físicos de la ciudad o el territorio y las formaciones discursivas; las proyecciones de técnicos y planificadores, cercanas pero no totalmente coincidentes con las móviles constelaciones de ideas hegemónicas en el período, y las formas concretas de vivir un ámbito determinado, de poseerlo, de conocerlo.

Un ejemplo de estos conflictos lo ofrece la difusión de la palabra “posmoderno” que cubre equívocamente gran parte del período, utilizada para clasificar registros tan diversos como tendencias disciplinares (el caso de la geografía posmoderna), formas arquitectónicas (frecuentemente asociadas con “estilos” historicistas), y sensibilidades genéricas. La discusión de la noción de “posmodernidad” —que supone una “modernidad” homogénea, noción también sujeta a discusión— resultaba central en el debate epistemológico, en la medida en que declaraba, además, el fin de la historia en su acepción hegeliana. En todo caso, ésta y otras nociones derivadas forman parte, a la vez, de las discusiones del período y del enfoque actual que se otorga a las investigaciones. Muy diversos caminos se tomarían si la ponderación de los años post-70 descansaba en la identificación de un corte rotundo con los presupuestos modernos, o en cambio se adoptaba la postura —ya propuesta entonces por la escuela de Venecia— de que no nos encontramos en un momento *post*, sino en un umbral que no ha sido traspasado (y tal vez no lo sea nunca).

Resulta sintomático que fuera la arquitectura la primera disciplina que difundió el término “posmodernidad” para definir los

tiempos, extendido casi de inmediato a las artes, las letras y los estudios históricos y culturales. Y si bien el término ya es poco utilizado, es útil para comprender esta “sensibilidad post apocalíptica” que, en sus versiones optimistas o pesimistas, continúa acompañándonos. En el nuevo clima de ideas, fueron retomadas muchas cuestiones que no habían pasado desapercibidas en la modernidad tardía —como las planteadas por Heidegger en sus artículos breves de la década del 50: la “pérdida de capacidad de habitar” testimoniada por las ciudades contemporáneas; la técnica como entorno general del hombre moderno; la crisis de la ideología del Progreso—. Esto implicó un replanteo profundo en la interpretación de las relaciones entre las ideas filosófico-políticas y las acciones en el espacio de habitación humano. Cuestiones que hoy constituyen un lugar común de todo discurso político, urbanístico o arquitectónico —el tema del “espacio público”; el rechazo del Plan homogeneizador; la multiplicidad cultural con sus tradiciones e identidades, leídas en el ámbito material; el valor cultural del patrimonio histórico, etc.— alcanzaron su definición en estos años. En fin, nuestra propia presunción de articular espacio y política de manera diversa a la que primaba en la historiografía clásica no era ajena a la sedimentación de estos debates sobre lo “posmoderno”. Queda claro, en el marco de la historia de las ideas, que el “giro espacial” en sus diversas dimensiones forma parte de estas cuestiones, ya que uno de los aspectos más relevantes de la época radica en el incremento de la atención otorgada al espacio como aspecto productivo, y no sólo derivado, de las prácticas sociales y políticas.

Nos detuvimos en la *key-word* “posmoderno” para señalar uno de los problemas de

este programa de investigación, que genéricamente ubicamos dentro de las vertientes de la “historia reciente” (o más drásticamente: “historia del presente”), explicando de este modo el uso de la palabra *arqueología* y su puesta en relación con modernidad: el hecho de continuar, aunque con mayor prevención crítica, apoyados en nuevas contribuciones, dentro del mismo marco teórico.

La complicación se acentúa al focalizar la atención en la historia local, atravesada, como dijimos, por el trauma que significó la escalada revolucionaria interrumpida por el golpe militar más cruento en la historia nacional –la relación entre trauma, asociado con una violencia mayúscula, que inclina a la represión del recuerdo, y memoria colectiva reparadora, continua siendo uno de los temas privilegiados no sólo en el ámbito de la psicología social, ya que también ha producido efectos concretos en los trabajos urbanos y en las políticas de estado–. No extraña, por ejemplo, que el grueso de las investigaciones en historia reciente se haya dedicado inicialmente a los años setenta, y no a las ochenta, que frecuentemente se analizan sólo como un prólogo para el neoliberalismo salvaje que siguió; leído éste, además, como corolario de algunas políticas económicas de la última dictadura militar. Cuatro años después de iniciado este programa, podemos identificar un panorama más variado, aunque todavía es clara la deuda para leer en sus propios términos la historia posterior a 1983. En todo caso, el debate que llamamos “local” también aparece atravesado por presupuestos que fueron consolidados en el período, algunos de los cuales revirtieron en lugares comunes periodísticos (como la oposición “global/local”), otros proponiendo, dentro de la historiografía, un

trabajo de redes trans-fronterizas, apoyadas en actores concretos, para evadir las oposiciones elementales; otros, finalmente, insistiendo en la idea de fragmentación para evadir los grandes postulados que, supuestamente, la posmodernidad había liquidado para siempre.

Finalmente, desde que planteamos el tema y delimitamos el período, cuyos términos significativamente coinciden con acontecimientos políticos relevantes –lo que pocas veces suele suceder en historias del espacio–, se multiplicaron las consecuencias de una revolución prometida, pero ignorada en sus consecuencias reales: nos referimos a la llamada *revolución digital*, es decir, el rápido desarrollo de las tecnologías de información y las comunicaciones; a la versión apocalíptica del ecologismo radical, que heredó de viejas raíces (cristianas y marxistas) el gusto por las catástrofes sublimes; y, con consecuencias que apenas podemos imaginar, pero sobre las que resulta difícil ser optimista, la imposibilidad de pensar un mundo distinto a este, en el que las diferencias de distribución social del ingreso mundial regresaron a los niveles de la Inglaterra victoriana. Para los estudiosos del espacio, tales cuestiones distan de ser secundarias, ya que emerge un paisaje sociocultural apenas advertido veinte años atrás, que transforma las prácticas de proyectación espacial y que seguramente reorientará los temas de investigación: el bombardeo de una información eminentemente visual, sin procesar, que implica la progresiva pérdida de otras formas de sensibilidad material para la percepción del espacio; el mundo de la naturaleza triunfa en los términos del darwinismo más crudo, desplazando las nociones clásicas de espacio público que se reflataron en los 80; la ingenua identificación de las

vanguardias entre “arquitectura moderna” e igualdad es hoy corroída en su propio núcleo; la esperanza, el corazón pascaliano del futuro, permanece sólo como consuelo evangélico –por lo que la pregunta sobre la condición proyectual de la arquitectura, en su posibilidad de imaginar el porvenir, se vuelve acuciante. Si esto que hacemos responde al título de “arqueología” de la contemporaneidad, sin duda el tiempo actual es parte de esta reflexión.

En fin, más allá de las dificultades mencionadas, que implican todo el andamiaje de la “historia reciente”, permanecen para nosotros una serie de cuestiones prácticas relacionadas, pero no necesariamente subsumidas en cuestiones de naturaleza epistemológica o aun filosófica.

Una vez fijado aproximadamente el período, los enfoques podían explayarse en términos de historia de las ideas proyectuales (un registro técnico y estético a la vez, en el que podemos incluir la formación disciplinar), o, por el contrario, podían adoptar la perspectiva del territorio mismo –*palimpsesto* de intervenciones temporales múltiples, según la afortunada definición de Corboz–. También podía examinarse la experiencia misma de espacios localizados, observada no sólo desde los grandes emprendimientos estructurales o desde las ideas técnicas, sino desde el plano inmediato y rasante de las vidas cotidianas. Constituyendo éste un grupo multidisciplinar, las perspectivas estaban fuertemente tramadas con la formación particular de los integrantes, lo que agregaba un interés adicional a los debates. Resultaba claro, en este proceso de aprendizaje, que la vida material adquiriría progresivamente una importancia decisiva, aun en el plano de las ideas; y así, la extensión espacial dejaba de

constituir una página en blanco en la que inscribir ideas, a la vez que no se mostraba ajena a los imaginarios colectivos, o a las consecuencias de las sacudidas sociales a las que estamos acostumbrados en el país –simplemente, fuimos comprendiendo de que manera los rastros del tiempo se inscriben distintamente en el espacio que en la pura historia política y social–.

En estos cuatro años realizamos dos encuentros generales, no siempre con el éxito buscado, aunque la reunión de trabajos de diversos ámbitos, incluyendo conferencias y ponencias referidas de otros países sudamericanos, resultó estimulante y permitió precisar problemas comunes. El obstáculo principal lo constituyó la dificultad de establecer diferencias entre “historia reciente” y ponderación crítica del presente –dificultad que, como hemos comentado en los párrafos anteriores, deriva del conflictivo perfil histórico de los tiempos–.

En este *dossier* hemos realizado una selección de artículos, presentados como ponencias en el segundo encuentro promovido por el programa de investigación, que representan diversas formas de encarar la historia reciente del espacio, sin que esto suponga un horizonte cerrado –muchos artículos son parte de trabajos en proceso–.

Como se verá, estos exhiben la multiplicidad de temas y problemas que el período propone sin agotarlos: los enfoques van desde los análisis más específicos de la cultura arquitectónica (Aliata y Jajamovich sobre arquitectura sistémica, Kogan sobre las relaciones entre España y Argentina en la década posterior al gobierno militar), hasta la ponderación de los efectos territoriales de importantes acontecimientos sociopolíticos (Santángelo sobre el Mundial 1978). El tema de la experiencia

es abordado de distintas formas (en la restitución de biografías como la de Corea Aiello –Silvestri– o en las vivencias sonoras de la ciudad, cuando el rock caminaba las calles –Sánchez Trolliet–. Los cambios en la formación universitaria son colocados en íntima relación con la radicalización política (Carranza sobre el congreso de Cuba), o incluyendo, como en el artículo de Malecki, la proyectación del mismo ámbito de saber (la ciudad universitaria de Córdoba). El artículo de Williams enfoca otro aspecto en las relaciones entre política y espacio: la relación entre los grandes emprendimientos hidroenergéticos, que culminan en los '70 el impulso desarrollista, y las transformaciones socio-ambientales en el área de impacto. Finalmente, hemos podido incorporar sólo un artículo de entre las tantas presentaciones de otros países sudamericanos, el de Gonzalo Cáceres sobre política y espacio en Santiago de Chile durante los “largos sesenta”.

No se espera agotar con esta selección los campos posibles de indagación en la historia reciente de inflexión espacial. Incluso se han dejado fuera, para otorgar mayor coherencia al conjunto del *dossier*, trabajos presentados en las últimas jornadas, dedicados a otros ámbitos sudamericanos. Por otro lado, aunque estos trabajos constituyen uno de los resultados tangibles de los debates seminariales que el grupo realiza mensualmente, no pueden sino constituir un aspecto parcial del aprendizaje colectivo en estos cuatro años. En las dos jornadas realizadas, se invitó a conferencistas especiales, que presentaron panoramas generales de la historia arquitectónica reciente en sus países de origen (Fernando Pérez Oyarzún de Chile, Carlos Martins de Brasil) o reflexiones sobre aspectos teóricos específicos (Alberto Sato sobre la

noción de espacio). Especialmente importante fue la decisión de dar lugar a comentaristas o ponentes especiales, que de una u otra manera se vinculaban con el tema de la historia reciente local (entre ellos Gonzalo Aguilar, Ana Longoni, Anahi Ballent, Adrián Gorelik, Alicia Novick). También se realizaron reuniones de trabajo con algunos invitados internacionales cuya contribución resultaba central en aspectos teóricos o concretos de los temas estudiados (vg. Diana Agrest, Felicity Scott). El mayor interés de esta experiencia grupal, a nuestro juicio, se encuentra en la composición variada de los integrantes, provenientes no sólo de diversas disciplinas, desde la filosofía o la sociología hasta la propia arquitectura, sino también de distintos ámbitos del país, evitando así el doble efecto de provincianismo y porteño-centrismo recurrente en nuestra historiografía. Falta mucho por hacer, pero creemos que vale la pena publicar estos trabajos para movilizar la discusión.